



*El Ángel de la Ventana de Occidente*

**GUSTAV MEYRINK**

Gustav Meyrink (Viena, 1868), hijo ilegítimo de la famosa actriz María Meyer y el barón Karl von Varnbüler, acudió al colegio en Múnich y Hamburgo, y cursó el bachillerato en Praga. A partir de entonces su destino quedó unido a esta ciudad. Sus peculiares aficiones, su turbulenta vida nocturna, su magnética personalidad y un sentido del honor que le obligaba a batirse continuamente en duelo, le convirtieron en el terror de la burguesía praguense. Meyrink se consideraba clarividente y practicaba el espiritismo. Adquirió gran dominio del cuerpo y de la mente gracias al yoga, experimentó con drogas y llegó a ser un consumado alquimista. Las obras de Meyrink, entre las que se encuentra su inmortal novela «El Golem», parecen emerger de profundidades fuera del tiempo y gravitan entre lo demoníaco, lo grotesco y lo sublime en la indagación de enigmas que han fascinado a la mente humana desde el origen de los tiempos.

«El ángel de la ventana de occidente», última novela de Meyrink, narra la fantástica historia de un hombre que, tras hacerse cargo de los papeles de un primo difunto, comienza a tener pesadillas y visiones sobre su antepasado, el enigmático John Dee, célebre ocultista inglés que vivió entre 1527 y 1609. Recibe entonces la visita de dos extraños personajes, el misterioso Lipotin y la seductora Assja Chotokalungin, que le reclaman la legendaria punta de lanza de Hoël Dhat, de la que él nada sabe.

La acción de la novela, que transcurre en Inglaterra, Polonia y Praga, oscila entre lo real y lo onírico, y viaja desde los albores del siglo XX al reinado de Isabel I. El relato pretende ilustrar la ley del karma, así como exponer los fundamentos de la verdadera alquimia: procurar al ser humano un vehículo inmortal para lograr la resurrección de la carne.

## Prólogo

Entre otras peculiaridades asombrosas del escritor Gustav Meyrink, es digna de mencionarse la de que él mismo podría haber sido un personaje de ficción sacado de una de sus novelas, de esas páginas inmersas en atmósferas misteriosas o sórdidas que narran con predilección historias impregnadas de elementos esotéricos y gnósticos. A esta impresión contribuye asimismo su rostro penetrante, afilado y ascético, con unos ojos grandes y reservados, la cabeza completamente calva, las orejas algo puntiagudas: rasgos más propios de un faquir o de un extraterrestre que de un convencional europeo. Su capacidad visionaria le permitió acceder a las profundas fuentes del inconsciente colectivo, de ahí que el psicólogo C. G. Jung le situara en la misma corriente inspiradora de Dante, Nietzsche o Wagner. La enormidad de sus experiencias, plasmada en unas obras que parecen emerger de profundidades fuera del tiempo, y que gravitan entre lo demoníaco, lo grotesco y lo sublime, ofrece enigmas que siempre han fascinado a la mente humana.

Meyrink no sólo fue un conocedor y crítico excepcional de las corrientes esotéricas tan en boga en su época, sino que su misma vida fue azarosa y estuvo marcada por caprichos del destino, y esto ya desde el mismo momento de su nacimiento. Vio la luz del día el 19 de enero de 1868, en Viena, en el Hotel «Blauer Bock», como hijo ilegítimo de la famosa actriz María Wilhelmine Adelaide Meyer y del barón, treinta años mayor que ella, Friedrich Karl Gottlieb Freiherr Varnbüler von und zu Hemmingen, perteneciente,

como se puede deducir con facilidad, a la alta aristocracia alemana. Se le bautizó por el rito protestante con el nombre de Gustav Meyer. Su padre, el barón, que ya contaba con una familia y, por aquel entonces, ejercía de ministro en el Estado de Württemberg, mantuvo en secreto el nacimiento, pues habría supuesto un gran escándalo. No obstante, financió la educación del niño y parece haberse preocupado por su futuro. Meyrink guardó el secreto de la identidad de su padre hasta el año 1902, cuando se vio obligado a revelarlo en el transcurso de un proceso. Con posterioridad, una vez alcanzada la fama literaria, la familia quiso reconocerle oficialmente, pero el escritor se negó a llevar el nombre de Varnbüler.

Se sabe muy poco de la infancia y juventud de Meyrink. Fue al colegio en Múnich y Hamburgo, acudió al instituto en Praga y finalmente, en esta misma ciudad, visitó la escuela de comercio. Por los testimonios que se conservan fue un niño aplicado, estudioso e inteligente. De fuerte personalidad y solitario, es muy probable que sufriese por su condición de hijo ilegítimo.

Praga fue la ciudad de su destino, y su obra se muestra deudora de la atmósfera de esa ciudad enigmática e inspiradora. Le encontramos aún en plena juventud como cofundador de un banco (¿con ayuda de la herencia paterna?), el banco Meyer & Morgenstern; su socio era el sobrino del poeta Christian Morgenstern. Poco después se independizó y fundó el «único banco cristiano de Praga». Su actividad bancaria duró trece años, hasta que se produjo una abrupta y desgraciada ruptura.

En ese periodo de tiempo, Meyrink se convirtió en el personaje más extravagante de la ciudad. El «excéntrico de Praga» exhibía los trajes más llamativos e hipermodernos. Se rodeaba de animales exóticos, de piezas decorativas y muebles estrafalarios; su casa era un gabinete de curiosidades. Max Brod, que le visitó una vez, ha dejado un testimonio de sus impresiones:

«Pude visitarle, hojear los libros de su biblioteca. Era el anfitrión más amable, siempre dispuesto a ayudar, más simpático que cualquier otro de los escritores praguenses, que tanto hablaban de ayuda y amistad sin ponerlas en práctica (...). Su casa estaba repleta de un mobiliario extraño y lujoso. Me llamó la atención un reloj de pie de porcelana, la esfera era un tambor que una figura demoníaca sostenía entre las piernas, la figura levantaba el brazo con furiosos gestos para golpear el tambor».

Por la ciudad corrían las más salvajes anécdotas y los más absurdos rumores sobre el esnob y decadente, desde que era hijo de Luis II de Baviera hasta que tenía un pacto con el demonio. Sus extravagantes aficiones, su turbulenta vida nocturna, su magnética personalidad, un sentido del honor tan susceptible que le obligaba continuamente a batirse en duelo, le convirtieron en el terror de la burguesía praguense. Sentía un enorme interés por la parapsicología y por las sociedades gnósticas, quizá porque desde pequeño tuvo visiones y se consideraba clarividente. Participó en numerosas sesiones de espiritismo, dedicándose a desenmascarar los numerosos fraudes. Su juicio sobre el espiritismo es demoledor, afirmando que lo poco verdadero que se puede encontrar en él es de claro origen demoníaco. Todo lo que era objeto de su interés, lo estudiaba y practicaba con fanatismo. Así, se convierte en un experto en yoga, en disciplinas del cuerpo y de la mente, alcanzando un pleno dominio, pero las practica hasta tal extremo que termina poniéndose enfermo. También experimenta con drogas y en el ámbito de la alquimia, lo que posteriormente se reflejará en sus obras *El Golem* y en *El Ángel de la Ventana de Occidente*. Su primer matrimonio fracasó sin que se sepa el motivo y fue de corta duración. Su segunda boda, poco después del divorcio, con Philomena Bernt, hija de un banquero y sobrina del poeta Rainer Maria Rilke, se celebró en Dover, Inglaterra, posiblemente para evitar el escándalo.

Una vida tan desenfadada como la de Meyrink tenía que crearle necesariamente enemigos. Sus roces con la sociedad «decente» de Praga fueron numerosos, pero fatal sería su enemistad con el estamento militar, quizá por su discriminación como hijo ilegítimo. Meyrink retó a duelo a un oficial de nombre Ganghofer por una cuestión baladí, al parecer éste no saludó a su esposa al pasar por su lado. Pero el militar rechazó batirse: declaró a Meyrink incapaz por su origen para dar una satisfacción. El asunto se exacerbó y desembocó en un largo proceso jurídico. En su transcurso la policía detuvo a Meyrink por sospecha de fraude, el día anterior a su 33 cumpleaños, al parecer como fruto de una confabulación por parte de sus enemigos. Ciertamente se falsificaron pruebas y se pagaron testigos falsos. El banco fue cerrado. Hasta el juicio, Meyrink permaneció en prisión. Aunque la sentencia le absolvió de todos los cargos, la estancia en la cárcel fue dura y salió enfermo y amargado. Tanto el banco como su competencia profesional quedaron en entredicho. Pese a que publicó anuncios en los periódicos en los que se remitía a la sentencia y a la corrección de todos sus asuntos bancarios, el daño estaba hecho: se vio obligado a declararse en bancarrota y ya no logró recuperarse económicamente; sus problemas financieros durarían hasta el final de sus días.

En 1904, en vista de la situación, decidió abandonar Praga y se trasladó a Viena. Arruinado, sus amigos le apoyaron económicamente. Pero su odio hacia el estamento militar, que se convirtió en obsesión, volvió a crearle problemas en la capital austríaca, así que tuvo que huir a Suiza. A principios de 1907 aparece en Múnich, donde nace un año más tarde su hijo Harro. En 1911 se muda a Starnberg, localidad idílica alemana a orillas del lago del mismo nombre, donde vivió hasta el final de su vida.

Después de abandonar Praga, y debido a su falta de recursos, un amigo le convence para que pruebe fortuna con la literatura. Aunque ya contaba con alguna publicación,

comenzará de nuevo con pequeñas historias firmadas con el nombre de Meyrink y no de Meyer, apellido que le parecía demasiado vulgar. El apellido Meyrink lo llevó un noble antepasado por parte materna.

Sus primeras aportaciones literarias se publican en la prestigiosa revista satírica "Simplicísimus", y el objeto de sus terribles invectivas son, cómo no, los militares, a los que también se añadirán los científicos, según sus palabras, «todos comediantes». También publica historias grotescas, maliciosas, ingeniosas, espectrales y brillantes. Pese a su éxito, sigue con problemas económicos, así que entre 1901 y 1909, sirviéndose de un «parlógrafo», comienza a traducir las obras completas de Dickens, edición aún actual en Alemania. En ese periodo entabla una fructífera correspondencia con Alfred Kubin. Pero fue el gran éxito de su novela *El Golem* lo que cambió su vida y le situó en un primer plano literario. Esta novela fue presentada con una campaña publicitaria inaudita hasta entonces en el mundo editorial. Aparecieron numerosos anuncios en los periódicos y se pusieron enormes carteles en las vías públicas. El autor de esta novedosa campaña, un lector de la editorial, cosechó un éxito fulminante. En dos años se vendieron 145.000 ejemplares.

Tras la publicación de la novela, y en virtud de su temática y estilo, se difunde el rumor de que Meyrink es judío, confusión que al principio le divierte, pero que al final se verá forzado a desmentir. En 1933 sus obras serán quemadas y prohibidas en Alemania, no por ser literatura judía, sino por representar una «cosmovisión nociva».

Entretanto Meyrink sigue estableciendo contactos con logias, sociedades secretas y gnósticas, siempre obsesionado por llegar al fondo del asunto y encontrar alguna verdad, lo que desemboca en continuas decepciones. Su actividad literaria no la concibe como tal; en un texto autobiográfico afirma que sus obras no tienen nada que ver con li-

teratura. Dice que lo que escribe es magia y sugestión, que carece de valor literario.

Al mismo tiempo sigue con sus ejercicios místicos y de yoga: el exceso en estas prácticas le lleva una y otra vez a la enfermedad. Durante un periodo se declara budista de la escuela nórdica. Pero al final de su vida comienza a desentenderse de todas esas prácticas y corrientes esotéricas y vuelve a interesarse por el cristianismo: «Hoy, 7 de agosto de 1930, por la mañana, a eso de las 10: noche atormentada. De repente me doy cuenta y sé cuál es la finalidad de toda la existencia en la verdad».

No hemos de transformarnos a nosotros mismos por medio del yoga, sino que, por así decirlo, hemos de «construir» un Dios, o dicho cristianamente: «¡No hemos de seguir a Cristo, sino bajarle de la cruz!»

Meyrink termina identificando a Cristo con el adepto que había buscado toda su vida. Reniega de sus ejercicios ascéticos, tántricos, etc., pues, según su opinión, eran falsos, magia negra.

Antes de morir, Meyrink sufrió otro duro golpe del destino. Su hijo tuvo un accidente de esquí y quedó paralítico, suicidándose poco después. El padre, profundamente afectado, enfermó de gravedad. Durante su agonía confesó a su hija: «Morir es difícil. La muerte es lo más pasajero de la vida. Pero mira, sólo hay un Dios: Cristo».

Pidió que durante su agonía no le dieran ningún narcótico o anestésico, quería experimentar la muerte completamente consciente. Su último deseo fue que un médico le diera un pinchazo de gracia en el corazón, pues temía que a causa de sus extremados ejercicios de yoga, fuese enterrado y se tratase de una muerte aparente. Sus restos reposan en el cementerio de Starnberg. El epitafio que se lee en su tumba es: «VIVO».

*El Ángel de la Ventana de Occidente* fue la última novela de Gustav Meyrink y, en realidad, un libro escrito en cola-



boración con su vecino, el historiador Alfred Schmid-Noerr. Sobre este entendimiento existe un contrato que estipula el reparto equitativo de honorarios entre los dos. Los analistas de la novela suelen atribuir a Schmid-Noerr los pasajes relativos a la Praga de Rodolfo II. Pero el estilo y el contenido son «puro Meyrink», inconfundibles e intransferibles. Las fuentes principales de inspiración fueron el libro de Karl Kieseweter: *John Dee, un espiritista del siglo XVI* y, sin duda, el *Fausto* de Goethe. En cierta medida, la novela de Meyrink es una versión del mito fáustico en un ámbito esotérico.

John Dee (1527-1608/9) es la compleja figura histórica que inspira la novela de Meyrink y que ha protagonizado de una u otra manera numerosas obras de ficción, por ejemplo *The House of Doctor Dee*, de Peter Ackroyd; o pensemos también en *El péndulo de Foucault* de Umberto Eco; en *Egipto*, de Jim Crowley. Sobre todo ha sido su vertiente de mago, como se describe en la influyente obra de Peter French, *John Dee: The World of an Elizabethan Magus*, la que más ha llamado la atención. A ello se suman las tradiciones herméticas que cultivó y sus vínculos con los rosacrucianos.

Se ha considerado a Dee, con razón, una de las figuras más enigmáticas del Renacimiento. Durante su vida abarcó un campo científico extraordinariamente amplio: matemáticas, astrología, criptografía, cartografía, medicina, teología, derecho, alquimia, con la pretensión de llegar, mediante el dominio de todas las disciplinas, a la completa aprehensión del misterio de la creación divina.

Nació en Londres, hijo de un comerciante en telas y artículos de costura empleado en la corte del rey Enrique VIII, de nombre Rowland Dee. Se matriculó en la Universidad de Cambridge. Después de obtener la licenciatura, John Dee se marchó a Lovaina a ampliar estudios. Regresó a Inglaterra para recibir el título de magister y volvió a viajar, de nue-

vo a Lovaina y luego a París. Su éxito como profesor en París, sus innovaciones matemáticas y sus descubrimientos alquímicos le procuraron una gran fama. Recibió numerosas ofertas de soberanos europeos, hasta de Iván el Terrible, prometiéndole elevados honorarios, pero las rechazó todas y retornó a Inglaterra en 1551. Allí comenzó una carrera científica en la corte y gozó del patronazgo de muchos de sus miembros, destacando entre todos la misma reina de Inglaterra, Elizabeth, que no sólo le ofreció ayudas financieras, sino también protección contra los enemigos de sus «raros estudios y ejercicios filosóficos».

En apariencia, la carrera de John Dee es típica del humanismo renacentista, lo que se advierte ya en su sólida formación, que incluía el dominio del griego, el latín y el hebreo. Pero su curiosidad rompía todos los esquemas y moldes; su desmesurado interés por el espiritismo, la alquimia y los seres angélicos abre una dimensión extraña en las aspiraciones de un intelectual con meras pretensiones científicas. Este aspecto misterioso en la vida y en las inclinaciones de John Dee, es explotado magistralmente por Gustav Meyrink, que aprovecha los acontecimientos más oscuros de su biografía. Por ejemplo, la inescrutable escapada a la corte bohemia, donde permaneció entre 1583 y 1589, acompañado de su familia, del príncipe polaco Laski, y de su médium (y parásito) Edward Kelley, llevándose consigo un gran número de libros de su biblioteca e instrumentos de laboratorio. El propósito de este viaje es, en efecto, un misterio. Probablemente se debiera a sus contactos espiritistas y a las voces angélicas, las supuestas conversaciones con Gabriel y Uriel, que hablaban a través de Kelley y que Dee transcribió con minuciosa diligencia. Aunque tampoco hay que olvidar que en Bohemia había otros alicientes, allí residía una élite científica, de la que formaba parte Tycho Brahe, y que se proponía desmantelar la teoría copernicana. Parece evidente que Dee, como astrónomo y astrólogo, también estuviera interesado en esa disputa.

Otro aspecto aprovechado por Meyrink es la obsesión de Dee por la genealogía, no sólo por la suya propia, sino también por la de la reina Elizabeth y otros soberanos del mundo. Según sus investigaciones, compartía con la reina Elizabeth un ancestro común entre los reyes galeses. Por otra parte, siempre manifestó una gran lealtad a la reina y al proyecto imperial inglés, al que contribuyó con sus estudios cartográficos y con la idea de una talasocracia que se extendiera hasta los confines del mundo.

Su biblioteca, la célebre «Bibliotheca Mortlacensis», sita en su castillo, fue la más importante de Inglaterra, y no sólo una biblioteca en el sentido usual del término, sino también museo, gabinete de curiosidades y laboratorio. En definitiva, fue un centro del saber y del poder, un foco de influencia política, que también despertó recelos y envidias. Durante su ausencia en Bohemia, la biblioteca fue saqueada, según una leyenda, por la plebe, asustada por las supuestas invocaciones demoníacas que se celebraban en ella, pero es mucho más probable que por enemigos políticos de John Dee.

Con habilidad maneja Meyrink otros datos biográficos del «Fausto inglés» y los inserta en su novela, dándoles el giro preciso. Al principio pensó escribir una novela histórica. Desde que conoció al protagonista se sintió impresionado por un destino, según sus palabras, tan azaroso, fantástico, conmovedor, emotivo y terrible, que no supo parangonarlo con ningún otro. Incluso la imagen de John Dee se le apareció en sueños. Pero cuando comenzó a escribir supo que no podía ser una novela histórica, que necesitaba a una persona viva que contactara con el «muerto» John Dee, y de ahí surgió la peculiar idea de una novela doble, de un estilo más barroco que gótico, cuya finalidad estriba en ilustrar la ley del karma y en exponer los fundamentos de la verdadera alquimia: procurar al ser humano un vehículo inmortal identificado con la resurrección del cuerpo. El interesado en teorías esotéricas y gnósticas descubri-

rá numerosas asociaciones y alusiones simbólicas, que hacen de la novela una clave fundamental para comprender no sólo la obra en conjunto de Gustav Meyrink, sino también, en buena parte, las motivaciones que impulsaban su vida.

*J. Rafael Hernández Arias*

## BIBLIOGRAFÍA

FRANS SMIT, *Gustav Meyrink. Auf der Suche nach dem Übersinnlichen*, Múnich, 1988.

MOHAMMAD QASIM, *Gustav Meyrink. Eine monographische Untersuchung*, Stuttgart, 1981.

WILLIAM R. VAN BUSKIRK, *The Bases of Satire in Gustav Meyrinks Work*, Michigan, 1957.

MANFRED LUBE, *Gustav Meyrink, Beiträge zur Biographie und Studien zu seiner Kunsttheorie*, Graz, 1980.

## El Ángel de la Ventana de Occidente

¡Qué extraña sensación la de sostener en la mano la caja precintada con las pertenencias de un muerto! Es como si de ella partieran hilos delgados e invisibles, tenues como la tela de una araña, y condujesen a un oscuro reino.

El meticuloso embalaje, los esmerados dobleces del papel azul que la envuelve, todo esto testimonia en silencio el pensamiento y la actuación plenamente conscientes de una persona viva que sentía cómo se aproximaba la muerte; de alguien que, por esta razón, reúne y ordena cartas, papeles, cajas llenas de cosas antaño importantes, pero ahora ya muertas, rezumando recuerdos hace tiempo desvanecidos, con vagas esperanzas puestas en un futuro heredero, en un hombre casi desconocido y lejano: pensando en mí, que conoceré su fallecimiento cuando la caja cerrada que contiene esos legajos, abandonada en el reino de los vivos, haya llegado a mis manos.

Son los imponentes sellos rojos de mi primo John Roger los que la cierran, mostrando las armas de mi madre y de su familia. Desde hacía mucho tiempo este hijo del hermano de mi madre había sido llamado por primas y tías «el último de su estirpe», y estas palabras siempre sonaron a mis oídos como un título solemne tras su nombre extranjero, cuando, con un orgullo peculiar y un poco ridículo, las pronunciaban los labios delgados y apergaminados entre tosecillas, privando al tronco moribundo del resto de vida que le quedaba.

Este árbol genealógico —así sigue creciendo la imagen heráldica en mi fantasía abismada— ha extendido sus ra-

mas, extrañamente nudosas, sobre países lejanos. Arraigó en Escocia y floreció en Inglaterra; según parece, tenía parentesco sanguíneo con una de las familias más antiguas de Gales. Fuertes retoños arraigaron en Suecia, en América y, por último, en Estiria y en Alemania. En todas partes se han secado las ramas; en Gran Bretaña se agostó el tronco. Tan sólo aquí, en el sur de Austria, reverdeció una última rama: mi primo John Roger. ¡E Inglaterra ha segado esta última rama!

¡Cómo se aferraba «Su Señoría», mi abuelo materno, a la tradición y al nombre de sus ancestros! ¡Él, que sólo era un ganadero en Estiria! John Roger, mi primo, había emprendido un camino muy distinto, había estudiado ciencias y practicado como un diletante la psicopatología; había viajado por todo el mundo, había estudiado con gran aplicación en Viena y Zúrich, en Aleppo y Madrás, en Alejandría y Turín, con los más brillantes expertos de la vida anímica, diplomados o no, ya estuvieran recubiertos con la miseria de Oriente o vestidos con la camisa de rayas planchada de Occidente.

Pocos años antes del estallido de la guerra se había mudado a Inglaterra. Allí parece haberse dedicado a investigar el destino y el origen de su antigua familia. Por motivos que desconozco, aunque siempre se decía que estaba tras un secreto profundo y enigmático. Por entonces le sorprendió la guerra. Al ser un oficial austríaco en la reserva, le internaron. Abandonó el campo de internamiento transcurridos cinco años como un hombre acabado, nunca volvió a atravesar el canal, murió en algún lugar de Londres, y dejó sólo unas pocas pertenencias que ahora están dispersas entre los miembros de la familia.

A mí me ha quedado, con algunos recuerdos, este paquete que ha llegado hoy; el sobrescrito con letra inclinada va a mi nombre.

¡El árbol genealógico se ha extinguido, el escudo se ha roto!